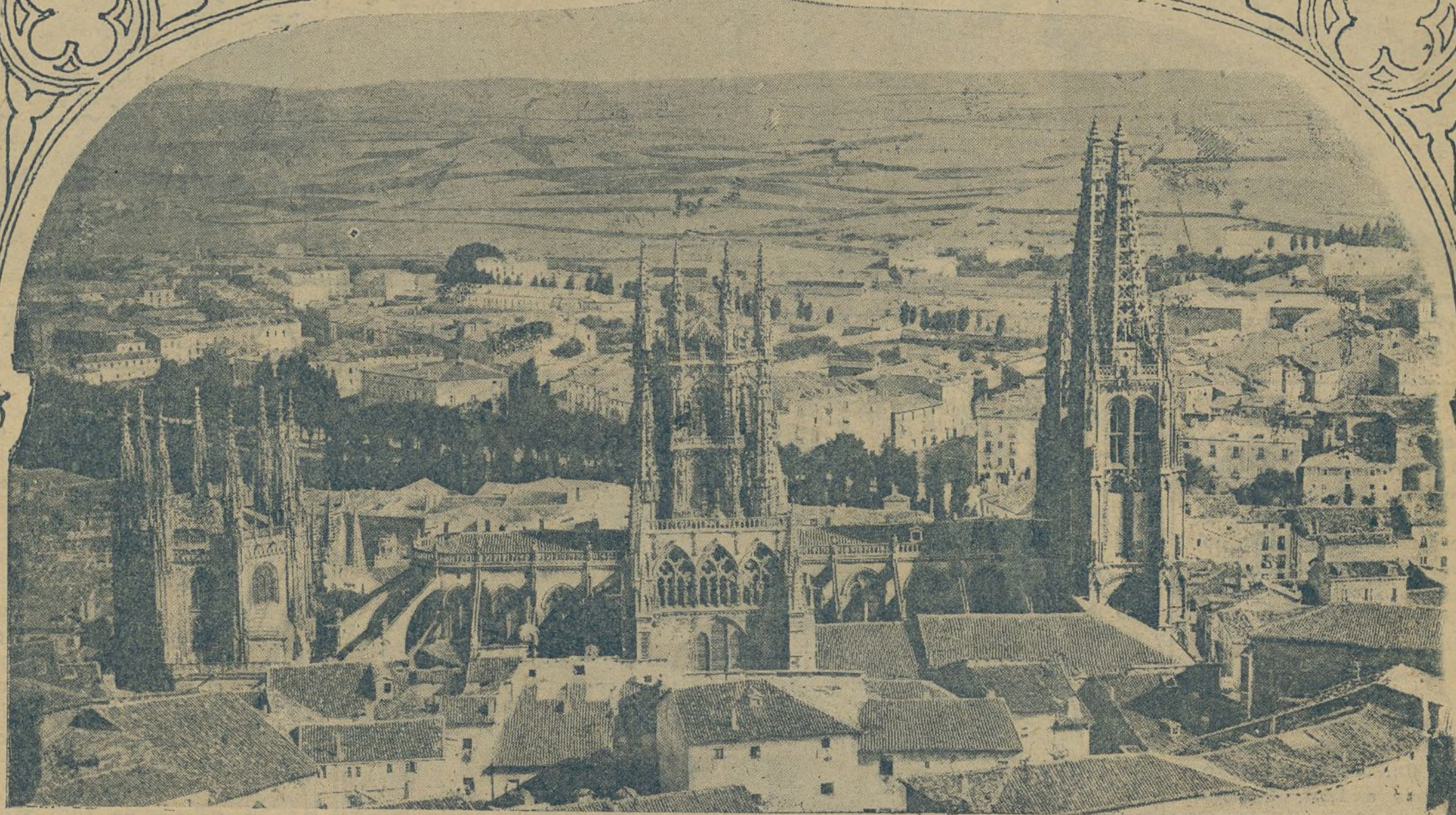


Un cenfenario

Burgos La Catedral y el Cid



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD.

BURGOS se apresta a enaltecer la séptima centuria de su Catedral, llevando a aquel grandioso templo los restos de Ruy Díaz, el Cid.

Estamos, pues, ante el advenimiento de la resurrección castellana. Debemos comulgar en las nobles fiestas y sentir, hasta el tuétano de los huesos, el escalofrío español. Burgos, cabeza de Castilla; Ruy Díaz, brazo de Castilla, son el padre y el hijo de nuestras glorias. Burgos, patria de jueces y condes, cuna de fueros y cartas-pueblas, sede de cortes y monarcas, es limpio manantial de libertades, solar de justicia, metrópoli de códigos y concilios. La misma tierra de pastores y labriegos que estos días verá pasar, en trenes y automóviles, los invitados palatinos, vió pasar, hace siete siglos, las cabalgatas de Fernando el Santo.

Era el 20 de julio de 1221. Las afueras de la ciudad negreaban de gentes sudorosas bajo el sol. El Concejo se guarecía en los robledos del Arlanza. La abadesa de San Millán, rodeada de sus monjas, ponía entre el verdor de las orillas la nota cáncida de sus hábitos. Los gremios, con sus estandartes, atraían a las mujeres y chiquillos. Labradoras con trajes nuevos oteaban los caminos desde lucidas hacaneas. Y en el límite jurisdiccional, acaudillando una legión de monjes y clérigos, el Cabildo, con cruz alzada, cantaba fervorosamente el *Magnificat*.

Pronto lejanas polvaredas anunciaron el gran cortejo. Delante, recios escuderos hacían caracolear sus

potros. Luego, las huestes apretadas deslumbraban con el fulgor de sus arneses y lorigas. Luego, claros varones, afianzados en la estribera, rudos y sofocados bajo el yelmo, mantenían sobre la cuja el pendón de cada solar.

Alzóse un formidable rumor que llenó los aires y asustó a las palomas del Esgueva. Era que en un blanco bridón lucía su mandoble de gavilanes, su manto real y la flor de sus veinticuatro años el rey D. Fernando III.

Adelantaba un cuerpo de caballo a los dos, enjaezados ricamente, en que venían doña Berenguela, su madre, y Beatriz de Suabia, su esposa, con un suntuoso cortejo de damas y de caballeros alemanes y castellanos. Detrás, en una mula, conforme al uso, cerraba el santo obispo don Mauricio, sonriendo, entre luengas barbas, a su escolta de abades y canónigos.

Relinchaban los potros. Crujían los arneses y petos. Cegaban el sol y la polvareda. Sonaban, más ardidos, los cánticos. Sobre dismanteladas carretas, a mocho de tribuna pública, boteros y pelaires asomaban rostros oetrinos... Cantó la voz de plata de doña Beatriz, trémula de fatiga y sed. Y una mujer, junto a los olmos, escanció el cántaro...

La Fe y la Catedral

Colocada que fué en tal día la primera piedra, ya, por los siglos de los siglos, la Catedral va ensanchándose como un río. A manera de tributarias de él, ge-





EL SOLAR DEL CID.

neraciones y generaciones la ofrendan su fervor inquebrantable. Nobles y reyes, procuradores y letrados, capitanes y labradores, rinden las parias de sus rezos y legados, alentando, hermanos en Cristo, a los canteros, picapedreros, mazoneros, arquitectos, pintores.

Y van las yuntas castellanas en largas hileras, arrastrando sillares por los caminos. Y van las romerías castellanas, en procesión sin fin, cantando en los caminos loas a Dios, nuestro Señor, y a su Santa Madre.

Y son los reyes castellanos, desprendidos y generosos, quienes donan villas y villas, heredades y heredades, fundos reales, para el costo de obras en la Catedral.

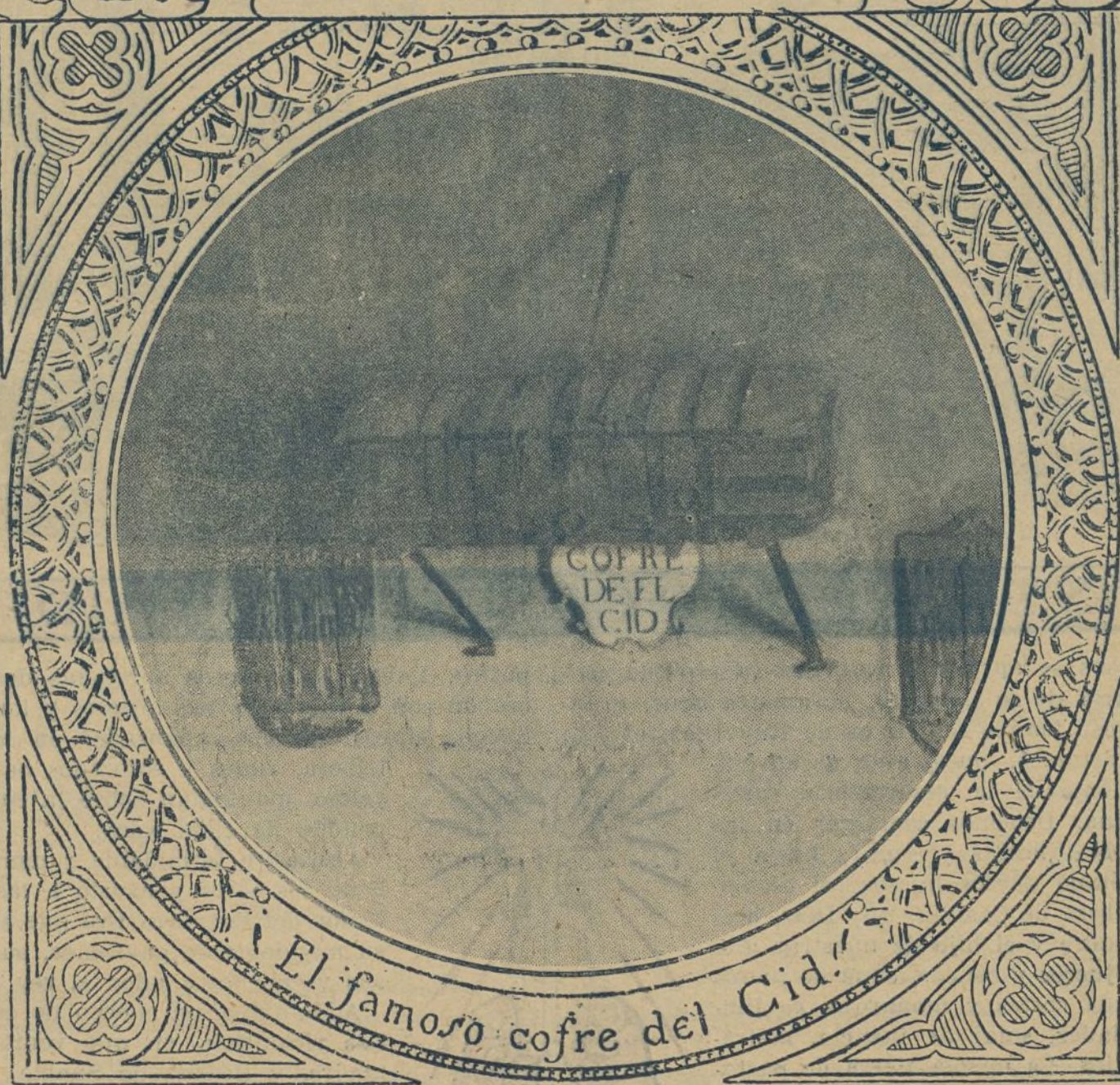
Y son los nobles castellanos, piadosos siempre, quienes ceden las tierras de su señorío, las viñas, huertas y trigales, para el sostenimiento de la fábrica.

Y son también, invariables en el santo temor de Dios, los labriegos con angustia, los artesanos de mandil y capisayo, quienes compiten en largueza y sacrificios para ornar el templo grandioso.

La Fe, que transporta montañas, transportó a las llanuras de Burgos sierras de sillería y mármoles. Y allí, donde el día 20 de julio de 1221, ante un rey de veinticuatro años y un reino casi tan joven como el rey, sólo había un solar desnudo; la Fe sólida de este reino, y de este rey, y de los sucesores de este rey, la Fe, que transporta montañas, alcanza a levantar un templo, grande como un pueblo, maravilloso como un milagro, inmortal como la Fe misma.

Una alegoría

Los elementos de tan monumental fábrica parecen ajustarse a una diáfana alegoría. La época de cimentación, de oscuridad, de trabajos sin lucimiento, de energía perenne e infatigable, corren



a cargo de los maestros españoles. Así, podemos registrar nombres de claro origen castellano: Juan Pérez (1290); Pedro Sánchez (1380); Martín Fernández (1420).

En cambio, la época de ornamentación, de brillo, de fama, de trabajos lucidos y provechosos, corre por cuenta de extranjeros. Así, vemos en los anales: Simón de Colonia (1500); Felipe el Borgoñón (1560); Nicolás de Florencia (1600).

Se diría que el grave genio castellano reclama para sí la parte de mayor esfuerzo, mas también de solidez mayor. La sobriedad, la continencia, la constancia. Todas son prendas castellanas, descoloridas como el sayo y como el terruño. Hondas y recias como el tuétano, como la raíz.

Cimentada, afianzada, hecha la monumental fábrica, hay que adornarla bellamente. Entonces,

nuestros maestros de obras, nuestros canteros, nuestros mazoneros, ceden el paso a la legión dorada de fuera. Vienen los alemanes, los flamencos, los italianos, los borgoñones. Cesan la continencia y la sobriedad. Bajo las naves de cimientos castellanos, de esfuerzos castellanos, de sudores castellanos, corren el vino y los manjares, suenan las cítaras y el laúd.

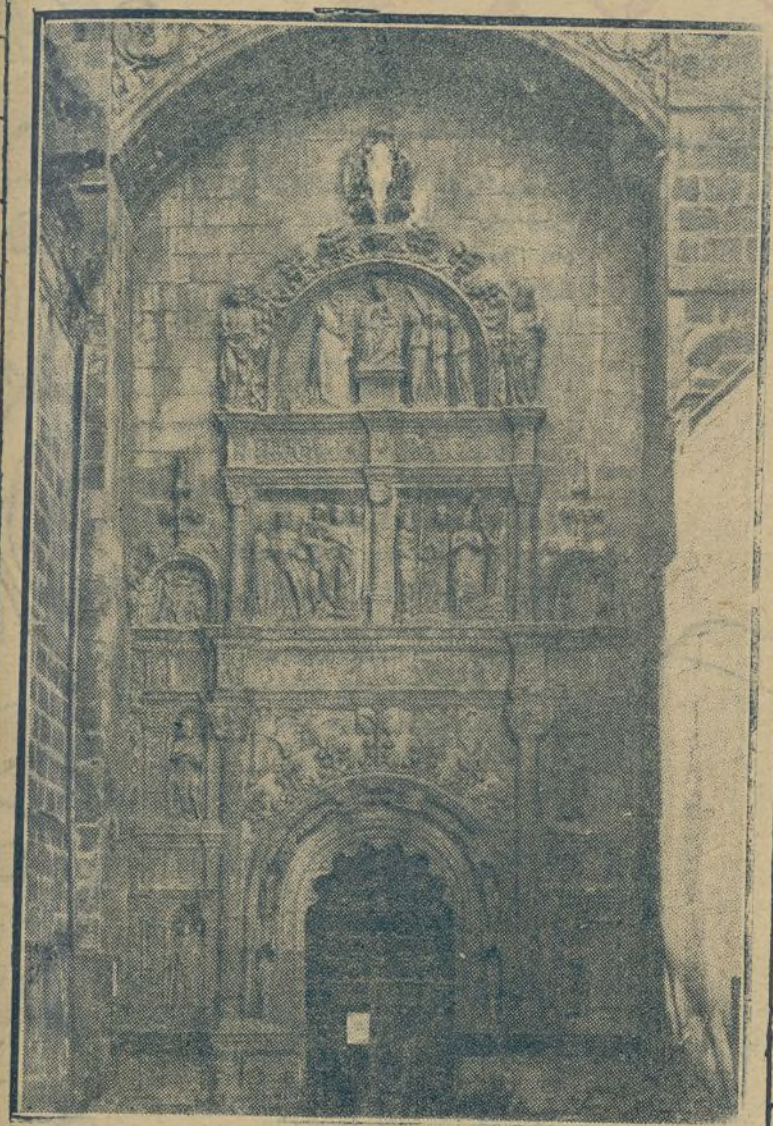
Entonces el primor se desposa con la ironía. Y en las enjutas de las puertas, entre los sillones del coro, sobre el friso de un capitel, los artifices extranjeros tallan sirenas y tritones, sátiros y ninfas, escenas de elegante y pulida profanidad.

¿No es también esta misma alegoría aplicable a nuestras conquistas de América, a nuestros precursores, trabajados y oscurecidos en su española sobriedad? ¿A Miguel Servet, antecesor de Harvey; a Sepúlveda, inspirador de Nietzsche; a Suárez, padre de Grocio; a Vives, claro génesis de Lassalle?

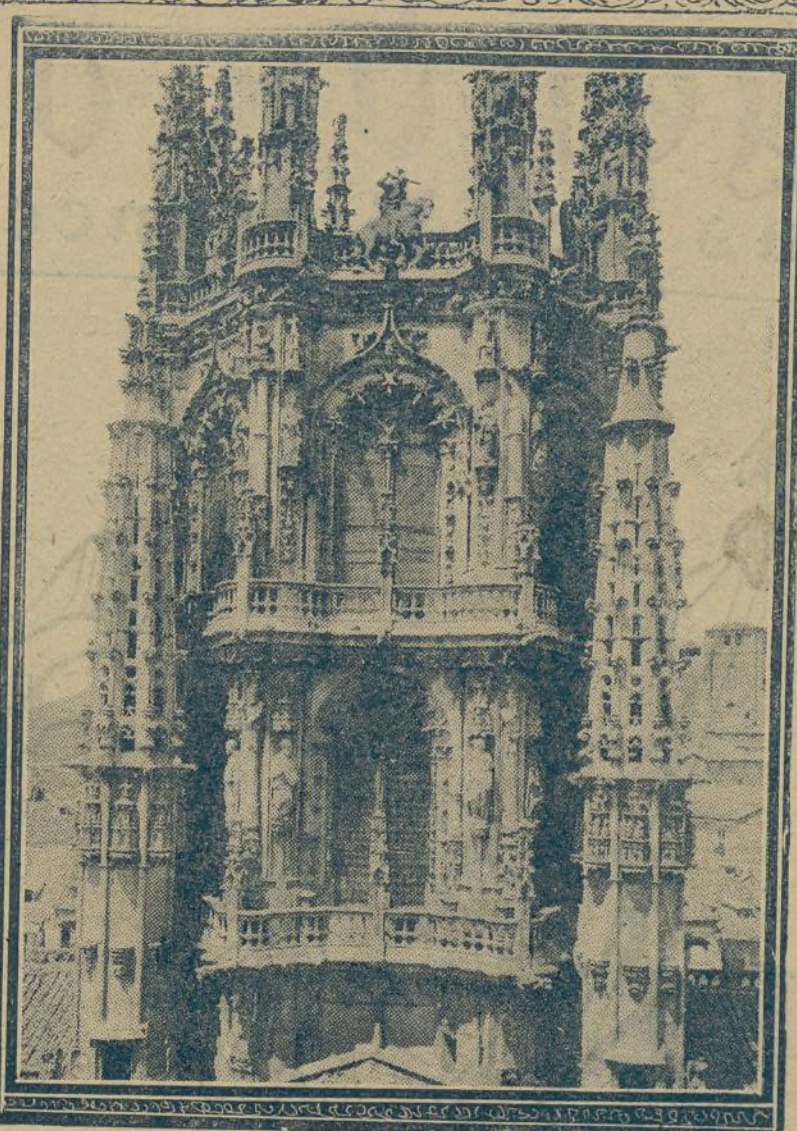
Y, sin embargo, trabajaron, se impusieron a la incomodidad y a la fatiga; desdénaron, buenos estoicos, la fama. Agrandaron, siglo tras siglo, la Catedral y el reino, siendo para ellos el esfuerzo oscuro y para los de fuera el estrépito de la gloria.

¿Qué sabemos nosotros, almas medrosas ante la menor fatiga, qué sabemos nosotros de aquellos hombres-tuétanos, hombres-murallas, rotundamente impenetrables por la flaqueza, hombres de mandoble y arado, de rosario y pica, de gravedad en el espíritu y en el rostro?

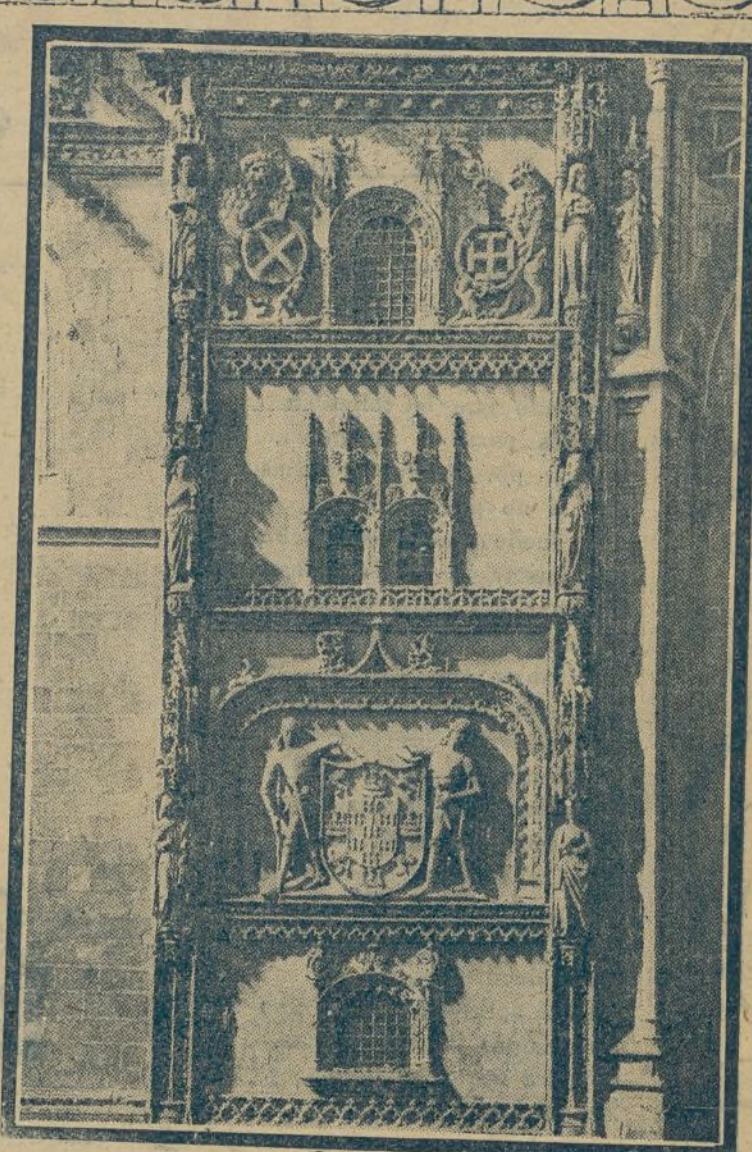
¿Qué vamos a sentir nosotros, hombres-espinazos, hombres sin temple ni calor espiritual, por aquellos que fueron hombres-lanzas, siempre rígidos, como la verdad y el deber; hombres-traguas, nunca apagados ni por el agua de los cielos ni por la nieve de los años?



PORTADA DE LA PELLEJERÍA



L'INTERNA DEL CRUCERO



CAPILLA DEL CONDESTABLE (exterior.)

La Patria y el Cid

Así, decimos «Patria» entre avergonzados y corridos, temiendo que los endiosadores de cupletistas nos motejen de «patrioteros». Decimos «Rodrigo de Vivar» entre indiferentes y burlones, temiendo que los endiosados del retruécano nos mortifiquen de «anticuados».

¡Oh, cobardía! ¡Miserable, grotesca, absurda cobardía! Cedemos, no a los príncipes, sino a los bufones. No al ingenio, sino a las heces y escurriduras del ingenio.

Y he aquí que el mundo entero proclama a Ruy Díaz como la encarnación del pueblo español. Preguntad, y os dirán que España es el Cid, y el Cid, España. Ningún otro español compendia tan rotundamente como él nuestras virtudes y nuestros vicios. Ninguno es como él, nuestra clave espiritual y étnica. Ninguno como él, la España hecha huesos y hierro, alta con los soberbios y llana para los humildes.

El Cid es sobrio, infatigable, piadoso, vengador y terrible. Ni para amigo ni para enemigo hay otro. Sus amigos, Minaya, Martín Antolínez, Pero Bermudo y Nuño Gustios, tienen por de ellos la hacienda y aun la vida de él. Sus enemigos, el conde de Cabra, Fernán González y los miserables infantes de Carrión, reciben, por partida doble, los tajos de su espada y de su lengua.

Es tan altivo con los soberbios como llano con los humildes. Cuando el rey le envía al destierro, exclama: «¡Albricias, Alvar Fáñez! Nos echan de Castilla. Mas tornaremos con honor.» Y cuando busca en la escarcela y no halla con qué socorrer al gafo, se quita el guantelete y le tiende la mano viva: «¡Ahí va mi mano, hermano. No tengo otra cosa...»

Su vida es un espejo de lealtad. Pese a las camarillas, el rey acaba por convencerse, diciéndole al conde de Cabra: «Mejor es que todos nosotros.»

Cuanto al engaño de las arcas, adviértase que engaña a quien sólo busca engañarle. Los judíos Vidas y Raquel son usureros. Viven del ajeno trabajo. Los seiscientos marcos de oro, ellos piensan que se convertirán en mil. Martín Antolínez se alza con el oro y se lo lleva al Cid, «para armas y caballos». El Cid lo toma y dice: «¡Bien sabe Dios por qué lo tomo!»

Esa caricatura de «condottiero» con que ciertos «europeizantes» españoles intentaron disfrazar al Cid es una mala traducción de Pagolo de Orsini, Oliveretto de Fermo y Ludovico Malatesta. El Cid no fué jamás «condottiero». Nunca estuvo a sueldo de nadie. Ni una vez sola peleó contra su patria ni contra su rey. No cobró una sola soldada de mano extranjera. Fué buen soldado, buen esposo, padre amantísimo. No humilló ni escarneció a nadie.

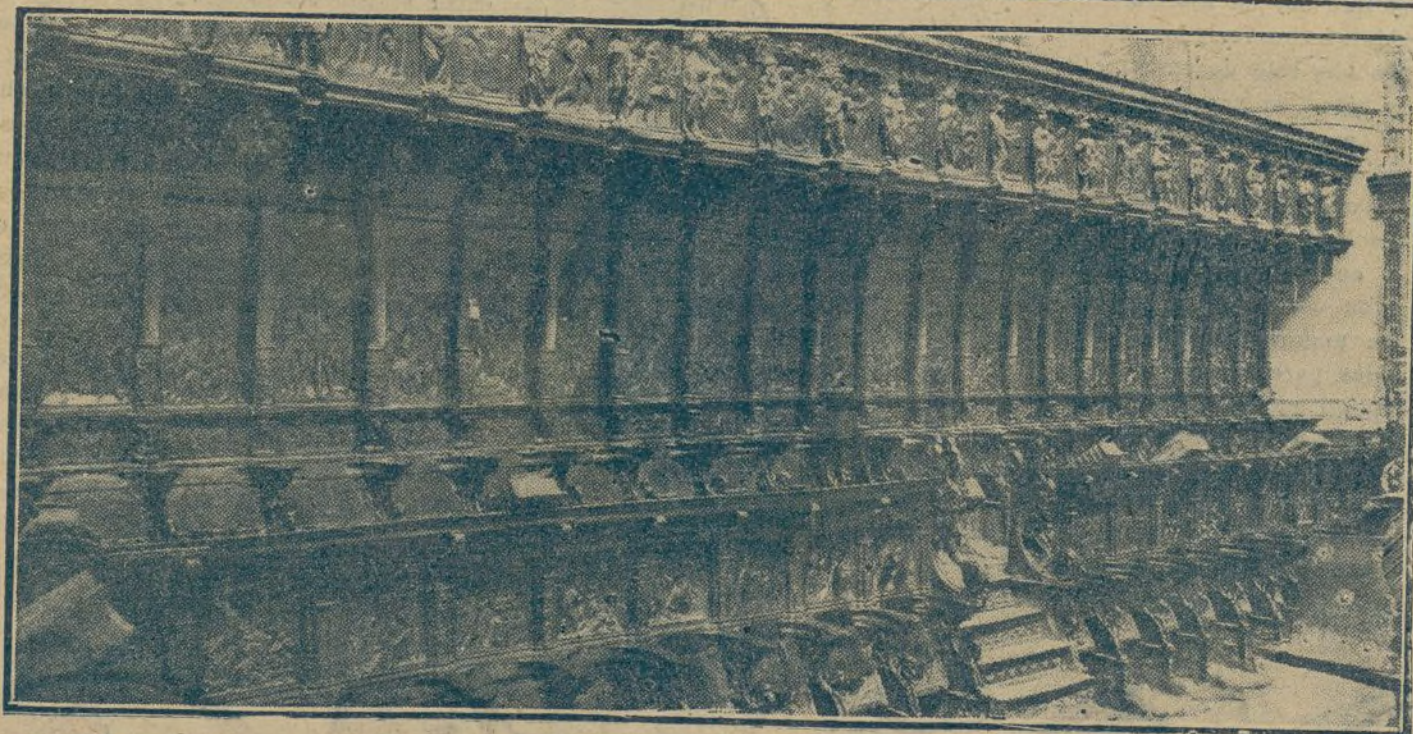
Pero, ¡ay de quienes le humillaban y le escarnecían!...

«El Cid — observa Saint-Victor — es la más alta y real gloria de España. Es el brazo de España, España misma, puesta en pie, bajo un cielo de apariciones, sobre una tierra de milagros, esgrimiendo la espada con el doble entusiasmo de la patria y la fe y sintiendo correr por sus anchas venas de acero, en vez de sangre, bronce de epopeyas.»

¿Queréis que al remover sus huesos no sintamos el hondo escalofrío español? ¿Queréis que este custodio del honor, este centinela de nuestra Historia, este venero de energías, no vea en torno a su sepulcro sino sombras, ni escuche sino vagos ecos? ¡Ah, españoles que ni viviendo en nuestra España la sentís! ¡Españoles que para amarla necesitáis perderla! ¡Españoles que a la resurrección del Cid no sentís el escalofrío español!

Dejad que saludemos el paso de los restos heroicos cuando sean conducidos a la Catedral. Dejad que, trémulos de cuerpo y ánimo, hincemos la rodilla ante la enseña de Pero Bermudo. Dejad que, trémulos de cuerpo y ánimo, hincelas divinas semillas épicas. ¡Dejad que todavía cabalgue el Cid, porque con él cabalgan la gloria y el honor de España!...

Cristóbal de CASTRO



SILLERÍA DEL CORO



La leyenda de oro

hojas del Romancero.

El Cid y el Conde Lozano

Cuidando Diego Lainez en la mengua de su casa, fidalga, rica y antigua antes que Inigo Abarca, y viendo que le fallescen fuerzas para la venganza, porque, por sus luengos días, por sí no puede tomalla, non puede dormir de noche, nin gustar de las viandas, ni alzar del suelo los ojos, ni osar salir de su casa, nin hablar con sus amigos; antes les niega la fabla, temiendo que les ofenda el aliento de su infamia. Estando, pues, combatiendo con estas honrosas bascas, para usar desta experiencia, que no le salió contraria, mandó llamar a sus hijos, y sin decilles palabra les fué apretando uno a uno las fidalgas tiernas palmas, no para mirar en ellas las quirománticas rayas, que este fechicero abuso no era nacido en España; mas prestando el honor fuerzas, a pesar del tiempo y canas, a la fría sangre y venas, nervios y arterias heladas, les apretó de manera que dijeron:—Señor, basta; ¿qué intentas o qué pretendes? Suéltanos ya, que nos matas— Mas cuando llegó a Rodrigo, casi muerta la esperanza del fruto que pretendía, que a do no piensan se halla, encarnizados los ojos, cual furiosa tigre hircana, con mucha furia y denuedo le dice aquestas palabras:—Soltedes, padre, en mal hora soltedes en hora mala, que a no ser padre, no hiciera satisfacción de palabras; antes con la mano mesma vos sacara las entrañas, haciendo lugar el dedo en vez de puñal o daga— Llorando de gozo el viejo dijo:—Fijo de mi alma, tu enojo me desenoja, y tu indignación me agrada. Esos bríos, mi Rodrigo, muéstalos en la demanda de mi honor, que está perdido si en ti no se cobra y gana— Contóle su agravio, y dióle su bendición y la espada con que dió al Conde la muerte y principio a sus fazañas.

—Non es de sesudos homes nin de infanzones de pro facer denuesto a un fidalgo que es tenuto más que vos. Non los fuertes barraganes del vuestro ardid tan feroz prueban en homes ancianos el su juvenil furor. No son buenas fechorías que los homes de León fieran en el pecho a un viejo, y no el pecho a un infanzón. Cuidarais que era mi padre de Lain Calvo sucesor y que no sufren los tuertos los que han de buenos blasón. Mas ¿cómo vos atrevisteis a un home que sólo Dios, siendo yo su fijo, puede facer aquesto, otro non?

La su noble faz nublasteis con nube de deshonor; mas yo desfaré la niebla, que es mi fuerza la del sol; que la sangre disperse de mancha que finca en la honor, y ha de ser, si bien me lembro, con sangre del malhechor. La vuesa, Conde tirano, lo será, pues su fervor os movió a desaguizado, privándovos de razón. Mano en mi padre pusisteis delante el rey con furor; cuidá que lo denostasteis, y que soy su fijo yo. Mal fecho fecisteis, Conde; yo vos reto de traidor; y catad, si vos atiende, si me causaréis pavor. Diego Lainez me fizo bien cendrado en su crisol; probaré en vos mi fiera y en vuesa falsa intención. Non vos valdrá el ardimiento de mañero lidiador, pues para vos combatir traigo mi espada y trotón." Aquesto al conde Lozano dijo el buen Cid Campeador, que después por sus fazañas este nombre mereció. Dióle la muerte y vengóse: la cabeza le cortó,

y con ella ante su padre contento se afinojó.

Cabalga Diego Lainez al buen rey besar la mano: consigo se los llevaba los trescientos fijosdalgo. Entre ellos iba Rodrigo, el soberbio castellano. Todos caminan a mula, sólo Rodrigo a caballo; todos visten oro y seda, Rodrigo va bien armado;

todos espadas ceñidas, Rodrigo estoque dorado; todos con sendas varicas, Rodrigo lanza en la mano; todos guantes olorosos, Rodrigo guante mallado; todos sombreros muy ricos. Rodrigo casco afinado, y encima del casco lleva un bonete colorado. Andando por su camino, unos con otros hablando, allegados son a Burgos: con el rey se han encontrado. Los que vienen con el rey entre sí van razonando; unos lo dicen de quedo, otros lo van publicando:—Aquí viene entre esa gente quien mató al conde Lozano— Como lo oyera Rodrigo, en hito los ha mirado; con alta y soberbia voz desta manera ha hablado:—Si hay alguno entre vosotros, su pariente o adeudado, a quien pese de su muerte, salga luego a demandallo; yo se lo defenderé, quiera a pie, quiera a caballo. Todos responden a una:—Demándelo su pecado— Todos se apearon juntos

para al rey besar la mano; Rodrigo sólo quedó encima de su caballo. Entonces habló su padre; bien oiréis lo que ha hablado:—Apeaos, hijo mio, besaréis al rey la mano, porque él es vuestro señor; vos, hijo, sois su vasallo. Desque Rodrigo esto oyó, sintióse muy agraviado; las palabras que responde son de hombre muy enojado:—Si otro me lo dijera, ya me lo hubiera pagado; mas por mandarlo vos, padre, yo lo haré de buen grado— Ya se apeaba Rodrigo para al rey besar la mano. Al hincar de la rodilla el estoque se ha arrancado; espantóse desto el rey, y dijo como turbado:—Quitate, Rodrigo, allá; quitateme allá, diablo; que tienes el gesto de hombre y los hechos de león bravo— Como Rodrigo esto oyó, apriesa pide el caballo. Con una voz alterada contra el rey así ha hablado:—Por besar mano de rey no me tengo por honrado; porque la besó mi padre me tengo por afrentado— En diciendo estas palabras salido se ha del palacio: consigo se los tornaba los trescientos fijosdalgo. Si bien vinieron vestidos, volvieron mejor armados; y si vinieron en mulas, todos vuelven en caballos.

Las cuitas de Jimena

En los solares de Burgos, a su Rodrigo aguardando, tan encinta está Jimena que muy cedo aguarda el parto, cuando, además, dolorida, una mañana en disanto, bañada en lágrimas tiernas, tomó la pluma en la mano y, después de haberle escrito mil quejas a su velado, bastantes a domeñar unas entrañas de mármol, de nuevo tomó la pluma y de nuevo tornó al llanto, y desta guisa le escribe al noble rey don Fernando: "A vos, mi señor el rey, el bueno, el aventurado, el magno, el conqueridor, el agradecido, el sabio, la vuesa sierva Jimena, fija del conde Lozano, a quien vos marido disteis bien así como burlando, desde Burgos os saluda, donde vive lacerando. Las vuestas andanzas buenas llevévoslas Dios al cabo. Perdonadme, mi señor, si no os fablo muy en salvo; que si mal talante os tengo, non puedo disimullarlo. ¿Qué ley de Dios vos enseña que podáis por tiempo tanto, cuando afincáis en las lides, descasar a los casados? ¿Qué buena razón consiente que a un garzón bien domeñado, falaguero y homildoso, le mostréis a ser león bravo,





y que de noche y de día
le traigáis atraillado,
sin soltarle para mí
sino una vez en el año?
Y esa que me le soltáis,
fasta los pies del caballo
tan teñido en sangre viene,
que pone pavor mirallo;
y cuando mis brazos toca
luego se duerme en mis brazos;
en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando;
apenas el alba rompe,
cuando lo están acuciando
los esculcas y adalides
para que se vuelva al campo.
Llorando vos lo pedí,
y en mi soledad, cuidando
de cobrar padre y marido,
ni uno tengo ni otro alcanzo;
que, como otro bien no tengo
y me lo habedes quitado,
en guisa le llovo vivo
cual si estuviera finado.
Si lo facéis por honralle,
mi Rodrigo es tan honrado
que no tiene barba y tiene
cinco reyes por vasallos.
Yo finco, señor, encinta,
que en nueve meses he entrado,
y me podrán empecer
las lágrimas que derrame.
Non permitáis se malogren
prendas del mejor vasallo
que tiene cruces bermejas
ni a rey ha besado mano.
Respondedme en puridad
con letras de vuesa mano,
aunque al vuestro mandadero
le pague yo su agualdo.
Dad este escrito a las llamas,
non se faga de palacio,
que a malos barruntadores
non me será bien contado."

Pidiendo a las diez del día
papel a su secretario,
a la carta de Jimena
responde el rey por su mano.
Después de hacer la cruz
con cuatro puntos y un rasgo,
aquestas palabras finca
a guisa de cortesano:
"A vos, Jimena la noble,
la del marido envidiado,
la humildosa, la discreta,
la que cedo espera el parto,
el rey, que nunca vos tuvo
talante desmesurado,
vos envía sus saludes
en fe de quereros tanto.
Decisme que soy mal rey
y que descaso casados,
y que por los mis provechos
non curo de vuestros daños.
Que estáis de mí querellosa
decís en vuestros despachos,
que non vos suelto el marido
sino una vez en el año,
y que cuando vos le suelto,
en lugar de falagados,
en vuestros brazos se duerme,
como viene tan cansado.
Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
por mis enamoramientos,
fuera con razón quejaros;
mas si sólo vos lo quito
para lidiar en el campo
con los moros convecinos,
non vos fago mucho agravio.
A non vos tener encinta,
señora, el vuestro velado,
creyera de su dormir
lo que me habedes contado;
pero si os tiene, señora,
con el brial levantado,
no se ha dormido en el lecho
si espera en vos mayorazgo.
Y si en el parto primero

un marido os ha faltado,
no importa; que sobra un rey
que os hará cien mil regalos.
Non le escribades que venga,
porque aunque esté a vuestro lado
en oyendo el atambor
será forzoso dejaros.
Si non hubiera yo puesto
las mis huestes a su cargo,
ni vos fuérais mas que dueña,
ni él fuera mas que fidalgo.
Decís que vuestro Rodrigo
tiene reyes por vasallos;
ojalá como son cinco
fueran cinco veces cuatro,
porque teniéndolos él
sujetos a su mandado,
mis castillos y los vuestros
no hubieran tantos contrarios.
Decís que entregue a las llamas
la carta que me habéis dado.
A contener herejías
fuera digna de tal pago;
mas, si contiene razones
dignas de los siete sabios,
mejor es para mi archivo
que non para el fuego ingrato.
Y porque guardéis la mía
y non la fagáis pedazos,
por ella a lo que parierdes
prometo buen agualdo.
Si fijo, prometo dalle
una espada y un caballo,
y dos mil maravedís
para ayuda de su gasto.
Si fija, para su dote
prometo poner, en cambio,
desde el día que naciere
de plata cuarenta marcos.
Con esto, ceso, señora,
y no de estar suplicando
a la Virgen vos alumbré
en los peligros del parto."

Salió a misa de parida
a San Isidro, en León,
la noble Jimena Gómez,

mujer del Cid Campeador.
Para salir, de contray
sus escuderos vistió;
que el vestido del criado
dice quién es el señor.
Un jubón de grana fina
la bella dama sacó,
con faldas de terciopelo
picadas de dos en dos;
de lo mismo, una basquiña
con la mesma guarnición,
donas que la diera el rey
el día que se casó;
y con los cabos de plata
un muy rico ceñidor
que a la condesa su madre
el conde en donas le dió;
lleva una cofia de papos
de riquísimo valor,
que le dió la infanta Urraca
el día que se veló;
dos patenas lleva al cuello,
puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pedro,
santos de su devoción;
y los cabellos, que al oro
disminuyen su color,
a las espaldas echados,
de todos hecho un cordón.
Lleva un manto de contray,
porque las dueñas de honor,
mientras más cubren su rostro,
más descubren su opinión.
Tan hermosa iba Jimena,
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera,
por podella ver mejor;
y a la entrada de la iglesia
al rey Fernando encontró,
que para metella dentro
de la mano la tomó.

Dijo el rey:—Noble Jimena,
pues el buen Cid Campeador,
vuestro dichoso marido
y mi vasallo mejor,
por estar aún en las lides
hoy de la iglesia faltó,
a falta del brazo suyo
yo vuestro bracero soy,
y a aquea hermosa infanta,
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedís
y mi plumaje el mejor—
Non le agradece Jimena
al rey tanto su favor;
que la ocupa la vergüenza,
y a sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besarle, y él las huyó:
acompañóla en la iglesia,
y a su casa la volvió.

La jura en Santa Gadea

En Santa Agueda de Burgos,
do juran los fijosdalgo,
allí le toma la jura
el Cid al rey castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
Las juras eran tan fuertes,
que a todos ponen espanto:
—Villanos mátente, Alfonso,
villanos, que non fidalgos;
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos.
Mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que non zapatos con lazos;
capas traigan aguaderas,
non de contray ni frisado;
con camisones de estopa,
non de holanda, ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
non en mulas ni caballos;
frenos traigan de cordel,

non de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
non por villas ni poblados,
y sáquente el corazón
por el siniestro costado
si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado;
si fuiste ni consentiste
en la muerte de mi hermano—
Jurado tiene el buen rey
que en tal caso no es hallado;
pero con voz alterada
dijo muy mal enojado:
—Cid, hoy me tomas la jura,
después besarme has la mano—
Respondiérale Rodrigo,
desta manera ha hablado:
—Por besar mao de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid;
mal caballero probado,
y no me estés más en ellas
desde este día en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado;
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro—
Ya se despide el buen Cid,
sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
esforzados fijosdalgo.
Todos son hombres mancebos,
ninguno hay viejo ni cano;
todos llevan lanza en ruan
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.

El cofre del Cid

Don Rodrigo de Vivar
está con doña Jimena
de su destierro tratando,
que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda;
sus envidiosos se huelgan;
llórale toda Castilla
porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
ha gastado el Cid en guerra;
no halla para el camino
dinero sobre su hacienda.
A dos judíos convida
y, sentados a su mesa,
con amigables caricias
mil florines les pidiera.
Díceles que por seguro
dos cofres de plata tengan,
y que si dentro de un año
no les paga, que los vendan
y cobren la logrería
como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados,
entrambos llenos de arena,
y, confiados del Cid,
dos mil florines le prestan.
"¡Oh necesidad infame,
a cuántos honrados fuerzas
a que por salir de ti
hagan mil cosas mal hechas!
¡Rey Alfonso, señor mío,
a traidores das orejas,
y a los fidalgos leales
palacios y orejas cierras!
Mañana saldré de Burgos
a ganar en las fronteras
algún pequeño castillo
adonde mis gentes quepan;
mas, según son de orgullosos
los que llevo en mi defensa,
todas las partes del mundo
tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
tremolando en las almenas;
caballeros agraviados
hallarán guarida en ellas;
y, por conservar el nombre



de tus reinos, que es mi tierra, los lugares que ganare serán Castilla la Nueva."

El Cid gana a Valencia

Ya que acabó la vigilia aquel noble Cid honrado, y dejó a doña Jimena y a sus dos hijas llorando, a la vista de San Pedro en un espacioso llano dijo, con grande denuevo, a los que le están mirando: —Quinientos fidalgos sois los que me heis acompañado, a quien no diré lo mucho que os obliga el ser fidalgos; pero, pues que me destierra el rey por injustos casos, faced cuenta, mis amigos, que todos vais desterrados, y que han de guardar mi honra vuestro valor y mi brazo; que aurque el rey ha sido injusto

no lo han de ser sus vasallos, antes derramar la sangre por vencer a los contrarios—. Todos responden: — Buen Cid, vuestro hablar es excusado, pues basta que nos mandéis para quedar obligados—. Por tierras de moros entran, muchas batallas ganando, rindiendo muchos castillos y reyes atributando. Tanto pudo el gran valor de aquel noble Cid honrado, que en poco tiempo conquista hasta Valencia llegando, donde alcanzó gran tesoro y un gran presente ha enviado al ingrato rey Alfonso de cien hermosos caballos, todos con ricos jaces de diferentes bordados, y cien moros que los llevan de las riendas, sus esclavos, y cien llaves de las villas y castillos que ha ganado,

y también al rey envía cuatro reyes sus vasallos; aqueste presente lleva Ordoño, su gran privado.

"Partíos ende los moros, non pongáis mientes en al, cuidá de los doloridos y los muertos soterrad. Decidles a los cuitados y a las cuitadas contad que el saber nuso en la guerra es humildoso en la paz; poned la furia en facer que me vengan a hablar, porque les diga mi boca toda la mi voluntad; que non quiero sus haciendas nin se las he de tirar, nin para mis barraganas sus hijas he de tomar, que yo non uso mujeres sinon la mía natural, que, en San Pedro de Cardena

yace agora al mi mandar; y mándovos yo, Alvar Fáñez, si he poder de vos mandar, vais por ella y por mis hijas, mis hijas otro que tal. Llevad treinta marcos de oro con que se puedan guiar para venir a Valencia a la ver y a la gozar. Llevá otros tantos de plata para San Pedro y su altar, y entregadlos a don Sancho, que ende yace por abad. Y a los honrados judíos mi buen señor natural, llevá doscientos caballos, bien guarnidos al mi usar. Y a los honrados judíos Raquel y Vidas llevad doscientos marcos de oro, tantos de plata, y non más, que me endonaron prestados cuando me partí a lidiar, sobre dos cofres de arena, debajo de mi verdad.

Rogarles heis de mi parte que me quieran perdonar; que con acuita lo fice de mi gran necesidad; que aunque cuidan que es arca lo que en los cofres está, quedó soterrado en ella el oro de mi verdad. Pagadles la logrería que soy tenuto a les dar del tiempo que su dinero he tenido a mi mandar. Y vos, Martín Antolínez, le iredes a acompañar, y las mis buenas venturas a mi Jimena contad. Diréis al rey don Alfonso que me empreste su juglar, porque a mi Jimena agrada mucho el tañer y cantar." Aquesto dijera el Cid después que ya entrado ha en Valencia victorioso, pues conquerido la ha.

Las hijas del Cid

Cuenta la historia e dize, que después que el-honrado Cid ovo vencida la batalla del Quarte, estando en Valencia muy vicioso a muy grand sabor de sí, faziendo mucha honra a sus yernos, que tenía en logar de fijos, e ellos éranle enemigos mortales, non lo meresciendo él, diz que un día, estando ellos con el Cid, començaron a dezir e departir los cavalleros mancebos quáles fueran buenos en la lid e quáles malos: e havia hy algunos que dezian mal a oreja, porque non lo querian dezir ante el Cid: e pesava mucho a los Infantes de Carrión, cuydando que dezian dellos: e llamaron a su tío Suero González, e salieron del palacio, e fuéronse a su posada, e començaron de afirmar el mal que tenían en el corazón: e su tío, que los deviera sacar de ello, avivávalos más en quanto él podía, en como deshonrassen al Cid: e después encima dióles mal consejo. Después desto, a cabo de tres días, fuéronse ambos hermanos para la casa del Cid, e salieron con él a parte, que non estava otro ninguno en la fabla: e dijo Diego González, el mayor: "Cid, bien sabedes el buen debdo que con nusco havedes: ca, señor, a vos tenemos en logar de padre, e vos, señor, recibístenos por fijos el día que casamos con vuestras hijas: e después acá fincamos siempre con busco, e punamos siempre por vos servir: e si desto alguna cosa menguó, non fué por nuestro grado, mas lo más por lo non entender. E porque ha tiempo que nos partimos de Castilla, de nuestro padre e de nuestra madre, e como non sabemos dellos en cómo les va, nin ellos de nos, por ende, si lo por bien toviéssedes, querriamosnos yr para allá, e levar con nusco a nuestras mugeres, porque vea nuestro padre, e nuestra madre, e nuestros parientes, en cómo somos honrados e ricos en casar con vuestras hijas: e que entiendan que casamos a nuestra honra e a nuestra pro: e seremos ende prestos e aparejados para venir ondequier que vos mandáredes, para vuestro servicio." E bien razonado fuera, si otro mal non tuviera en el corazón. Desde Diego González ovo acabada su razón, el Cid, fiando dellos, tenía que fablaban con él sin engaño, e respondióles: "Mis fijos, pésame dende: mas pero téngolo por bien que las levedes, e gradescovos mucho lo que me aprometedes; e qual día que vos quisiéredes, guisad cómo vayades e movades de aquí vuestro camino." Desta respuesta fueron muy pagados e muy alegres los Infantes de Carrión.

Cuenta la historia que desde el Cid les ovo dado la respuesta, devantóse del escañe e fuése para doña Ximena Gómez, su muger, e fabló con ella ante don Alvar Fáñez, su primo, e contóle todo lo que passara con sus yernos e la respuesta que les diera. Mucho pesó a doña Ximena Gómez e a don Alvar Fáñez porque gelas havia otorgadas: e dixo doña Ximena Gómez: "Cid, non tengo por seso que partamos nuestras hijas de nos para levar

a otra parte: e estos nuestros yernos son antojadizos, fechos a mala verdad, e ferirlas han, e fazesrles han deshonra, e non avrá allá quien gelo demande." E en esto mesmo otorgó don Alvar Fáñez: e el Cid non fué pagado desta razón, e estrañóla mucho, e dixo que non fablassen más en ello, ca non querria Dios, nin los Infantes non eran de tal sangre que alguna mala cosa fizesen, nin les vernia a voluntad de lo comedir, siquiera porque el Rey don Alfonso, nuestro señor, las casó con ellos: e quando de tan mala ventura fuessen, e el diablo les quisiesse engañar, e fizesen a tan mal fecho, caro les costaría. Entonces guisólos cómo se fuessen, el qual guissamiento fué este: primeramente, levavan las nobles espadas Colada e Tizona, que antes les havia dado: e dióles muchos paños de oro, e de sirgo, e de lana: e dióles cien cavallos ensillados e enfrenados, e cien mulas guarnidas, e diez copas de oro, e cien vasos de plata, e secientos marcos de plata, en tajaderos e en escudillas e en otras baxellas: e dióles cien cavalleros bien guisados, de que yva por caudillo Martín Peláez, el Asturiano, e otro cavallero Pero Sanchez. Estos fizieron omenage en las manos del Cid, que serviessen siempre a sus hijas como a señoras e hijas de su señor natural. E desde todo esto les ovo dado e les ovo aparejado, tomaron su camino e salieron de Valencia, e salió el Cid con ellos una grand legua. E quando las dueñas se partieron del Cid e de su madre doña Ximena Gómez, fueron muy grandes los lloros de la una parte e de la otra, en guisa que los coraçones les adivinavan el mal que les avia de venir: e el Cid punava por las conortar, diziendo que siempre se membraría dellas e las manteria en buen estado: e dióles su bendición, e movieron su camino con sus maridos.

Cuenta la historia que el Cid fué con ellos bien dos leguas, e despedióse de los Infantes e de sus hijas, e tornóse para Valencia. E en tornándose, començó de ferirle el corazón muy reziamente, e començó de cuydar en lo que doña Ximena Gómez le dixera: e membróse en cómo sus yernos andavan achacados, e non fablaban con él como solían, ca las sus palabras eran bueltas de mala voluntad: e por esto començó a recelar su mal dellos. E por este recelo llamó a Ordoño, su sobrino, e díxole de cómo se recelava de los Infantes que querian fazer algún mal a sus hijas, e que le rogava e mandava que fuesse en pos dellos, en guisa que non se llegasse a ellos nin a su compañía, nin supiesen del fasta Carrión: e que fuesse lo más encubiertamente que pudiesse: e fizole mudar las vestiduras e fizole yr de pie: e como Ordoño era entendido, fizo como el Cid le mandó. E los Infantes tomaron su camino desta guisa: fueron luego a Chiva, e a Bonilla, e al puerto de Chiva, e dende a Requena, e dende al campo de Robres, e fueron a posar a Villa Taxo; e otro día



LAS HIJAS DEL CID Famoso cuadro de Dióscoro Puebla



tomaron su camino para Moya, e dexaron la villa a manderecha, e llegaron a Adamuz, e passaron por Colcha, e fueron posar a Quintana. E el Rey Abencaño, por cuya tierra passavan, era vassallo del Cid e dávale cada año sus parias, e quando supo que venían los Infantes e las fijas del Cid, salió de Molina e fuélos a recibir: e fizo fincar las tiendas en un campo, hy do ellos havian de posar, e mandó hy traer mucha vianda e pensólos muy bien, e dióles quanto ovieron menester, e fizoles mucha honra, rogándoles que fincassen con él algunos días: mas los Infantes le dixerón que lo non podían fazer ca havían sus jornadas a priessa, que havían puestas: e quando el Moro vido que los non podía detener, dióles de sus donas muy ricas e muy nobles, e partióselos e tornóse para Molina. E ellos començaron de andar por Val de Espino ayuso, e passaron por Porra, e por Lucar, e por Val de Andormes: e dexaron a Medina Celi al diestro: e travessaron el campo de Barahona, e tomaron el camino de Berlanga: e llegaron a los robredos de Torpes, donde ellos havían pensado de deshonorar a sus mugeres. E quando fueron en aquel logar, mandaron a toda la compañía que se fuesen adelante, e fincaron ellos ende con sus mugeres. E dixo doña Elvira, la mayor: "¿Por qué queredes que finquemos nos e vos solos

en este logar?" E dixo Diego González, su marido: "Callad, que agora lo veredes." E començaron de yrse con ellas por el robredo adentro, e desviáronlas de los caminos: e fallaron una fuente en el valle, e descendieronlas hy, e tomaronlas por los cabellos, e arrastráronlas por hy: e tomaronlas las capas aguderas e despojáronles todos los paños, salvo los biales, en que las dexaron, e diéronles muchas espoleadas: e tomaron las cinchas de las sillas, e firiéronlas con ellas de muy grandes heridas. E ellas, dando muy grandes voces, e llorando mucho, encomendávanse a Dios e a Santa María, que les oviesse merced: mas quanto más voces davan e más lloravan, tanto ellos más crueles eran contra ellas: en manera, que tales las pararon, que todas eran cubiertas en sangre, fasta que fincaron por muertas. Quando este mal ovieron fecho, cavalgaron en sus cavallos, e tomaron las mulas e los paños dellas, e dixerón: "Aquí fincaredes, fijas del Cid de Bivar, que non sería cosa guisada de ser nuestras mugeres: e veremos como vos vengará vuestro padre, ca nos vengados somos de la deshonra que nos fizo en Valencia con el león. E fueron su carrera, e bien cuydavan que muertas las dexavan.

(De la «Chronica del famoso cavallero Cid Ruydiz Campeador»)

Prosigue el Romancero:

Testamento del Cid

"La que a nadie no perdona, a reyes ni a ricos-homes, a mí, fincado en Valencia, llegó a mi puerta y llamome; y, fallándome dispuesto a su voluntad conforme, fago así mi testamento, y mi voluntad al postre: "Yo, Rodrigo de Vivar, llamado por otro nombre el bravo Cid Campeador de las morismas naciones, el alma encomiendo a Dios, que en su reino la coloque; y el cuerpo, fecho de tierra, mando que a su centro torne; y después que sea finado, con los untos de los botes que me endonó el rey de Persia le unten, compongan y adoben, y puesto sobre Babieca tras mi seña y mis pendones, lo enseñedes al rey Búcar y a todos sus valedores. Y mando que a mi Babieca lo sotierren y lo afoden, non coman canes caballo que carnes de canes rompe. Y para facerme obsequias se junten mis infanzones, los de mi pan y mi mesa, los buenos conquieridores. Y a la santa cofradía del rico Lázaro pobre, mando el prado de Vivar, ende, aqueñde, y sus quíñones. Item, mando que no alquilen plañideras que me lloren: bastan las de mi Jimena sin que otras lágrimas compre. Y en San Pedro de Cardeña junto al santo Pescadore me fabriquen un fosal con su túmulo de bronce. Item, mando que al judío que engañé estando tan pobre, lo que pesare el de arena le den de plata otro cofre. Y a Gil Díez tornadizo, que de moro a Dios volviósse, le mando mis femolarias,

mis corazas y quijotes.

El noble rey don Alfonso y el buen obispo don Lope, y mi sobrino Alvar Fánex sean mis cabezadores: y lo demás de mi haber se reparta entre los pobres, que son entre el hombre y Dios padriños y valedores."

El Cid batalla muerto

Muerto yace ese buen Cid que de Vivar se llamaba. Gil Díaz, su buen criado, cumplirá lo que mandara; Embalsamara su cuerpo y muy yerto se paraba: cara tiene de hermosura, muy hermosa y colorada; los ojos igual abiertos; muy apuesta la su barba. Non parece que está muerto, antes vivo semejaba, y, para que esté derecho, este ardid Gil Díaz usaba: puso el cuerpo en una silla, una tabla en las espaldas, y otra delante del pecho, y a los lados se juntaban, llegaban bajo los brazos y el colodrillo tapaban. Esta era la de atrás, y otra llegaba a la barba, teniendo el cuerpo derecho; a ningún cabo inclinaba. Doce días son pasados después que el Cid acabara; aderézanse las gentes para salir a batalla con Búcar, ese rey moro, y contra la su canalla. Cuando fuera media noche, el cuerpo, así como estaba, le ponen sobre Babieca y al caballo lo ataban. Derecho está y muy igual; estar vivo semejaba. Vistiéronle vestiduras que el pespunte se mostraba, y su escudo puesto al cuello con su divisa ondeada; capellina en su cabeza,

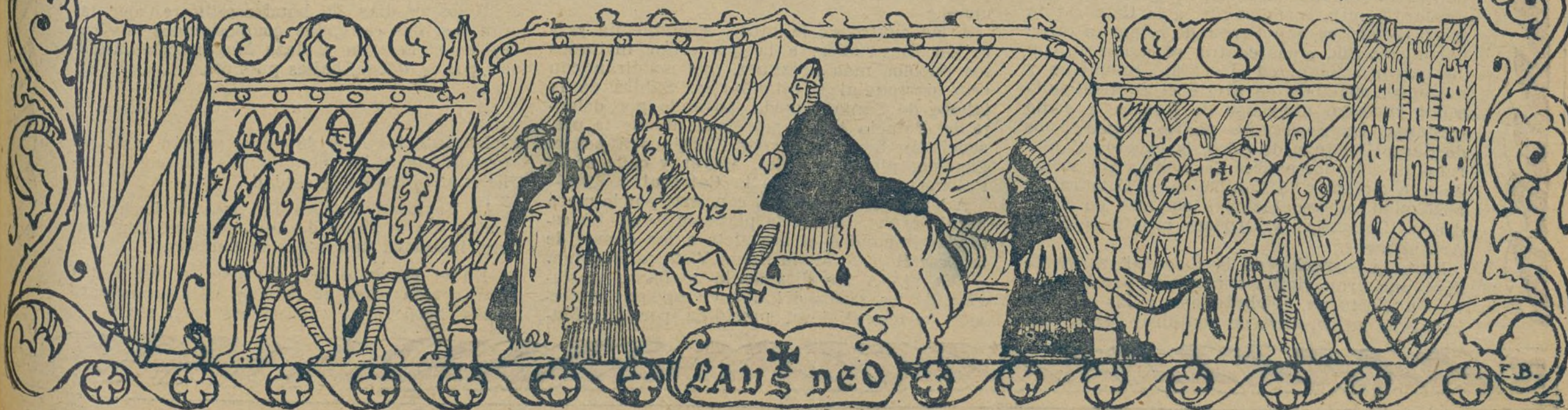
de pergamino pintada; parece que era de fierro, según está bien labrada. En la su mano derecha la Tizona le fué atada; sutilmente, a maravilla iba en la su mano alzada. De un cabo iba el obispo don Jerónimo de fama; del otro iba Gil Díaz, el que a Babieca guiaba. Salió don Pedro Bermúdez con seña del Cid alzada, con cuatrocientos fidalgos que con él van en su guarda. Saliera luego el recuaje; otros tantos lo guardaban. Saliera el cuerpo del Cid con gente muy esforzada. Ciento son los guardadores que el cuerpo honrado llevaban. Tras él va doña Jimena, con toda la su compañía, con seiscientos caballeros que para guarda le daban. Callando van, y tan paso, que veinte non semejaban. Ya están fuera de Valencia, claro el día se mostraba. Alvar Fánex fué el primero que arremetió con gran saña contra el gran poder de moros que Búcar trae en su compañía. Halló delante de sí una mora muy gallarda, gran maestra en el tirar con saetas del aljaba de los arcos de Turquía: Estrella era nombrada. Por la destreza que había en el herir de la jara, ella fuera la primera que a caballo cabalgara con otras cien compañeras muy valientes y esforzadas. Los del Cid las fieren recio; muertas en terra quedarán. Vistos los había el rey Búcar con los reyes de su banda, y quedan maravillados en ver la gente cristiana. Setenta mil caballeros les pareció que llegaban.

Más crecido que ninguno en blanco caballo andaba, cruz colorada en el pecho, en su mano seña blanca; la espada semeja a fuego, con que a los moros llagaba. Gran mortandad face en ellos; fuyendo van, que no aguardan. El rey Búcar y sus reyes el campo desamparaban: camino van de la mar do los navios estaban. Los del Cid los van friendo, ninguno había de escapa; en la mar se ahogan todos, más de diez mil se anegaban, que con la prisa que traen todos juntos no se embarcan. De los reyes, mueren veinte; Búcar huyendo se escapa; los del Cid ganan las tiendas con mucho oro y mucha plata; el más pobre queda rico de lo que ende ganara. Caminan para Castilla, como el buen Cid ordenaba. Llegados son a San Pedro, de Cardeña se nombraba, do quedó el cuerpo del Cid, el que a España tanto honraba.

El prodigio del judío

En San Pedro de Cardeña está el Cid embalsamado, el vencedor no vencido de moros ni de cristianos. Por mando del rey Alfonso en su escaño está asentado, su noble y fuerte persona de vestidos arreados. Descubierto tiene el rostro, de gran gravedad dotado, su blanca barba crecida como de hombre estimado. La buena espada Tizona puesta la tiene a su lado: no parece que está muerto, sino vivo y muy honrado. Siete años estuvo así, como está ya razonado; por su alma, que es en gloria, hacen fiesta cada año.

A ver su cuerpo tan bueno mucha gente se ha llegado. Fuera de donde está el Cid la fiesta se hizo un año; su cuerpo quedaba solo, ninguno le ha acompañado. Estando desta manera un judío había llegado; cuidando estaba entre sí desta suerte razonando: —Este es el cuerpo del Cid, por todos tan alabado, y dicen que en la su vida nadie a su barba ha llegado. Quiero yo asirle de ella y tomarla en la mi mano, que pues aquí yace muerto por él no será excusado. Yo quiero ver que hará, si me pondrá algún espanto—. Tendió la mano el judío para hacer lo que ha pensado, y, antes que a la barba llegue, el buen Cid había empuñado a la su espada Tizona y un palmo la había sacado. El judío, que esto vido, muy gran pavor ha cobrado: tendido cayó de espaldas, amortecido de espanto. Halláronle allí caído los que en la iglesia han entrado; agua le echan por el rostro, para facerlo acordado, y, vuelto que fuera en sí, todos le han preguntado qué cosa fuera la causa de verlo tan mal parado. El luego les declaró la causa de lo pasado. Todos dan gracias a Dios por el milagro contado, en se acordar que su siervo no quiso fuese ensuciado por mano de aquel judío que tan mal lo había pensado. Cristiano se volvió luego, Diego Gil era llamado: fincó en servicios de Dios en San Pedro el ya nombrado, y en él acabó sus días como cualquier buen cristiano. Laus Deo



PROGRAMA DE



LAS FIESTAS

La Junta organizadora de la celebración del VII Centenario de la Catedral de Burgos ha acordado celebrar grandes fiestas religiosas y cívicas, ya en curso para solemnizar este acontecimiento, uno de los más gloriosos de nuestra historia burgalesa, disponiendo, al efecto, numerosas y lucidas funciones públicas, que a continuación se detallan:

Conferencias. — A las doce, y en el teatro, darán una conferencia: el día 18, D. Vicente Lampérez, sobre la Catedral; el día 22, D. Anselmo Salvá, sobre el Rey don Fernando, fundador de la misma; el día 24, el reverendo padre Silverio de Santa Teresa, sobre el obispo D. Mauricio, y el día 20, D. Ramón Menéndez Pidal, sobre el Cid.

El día 17, a las doce, se inaugurará la Exposición de avicultura, cunicultura y colombofilia, en el pabellón de Exposiciones de la Quinta.

A las cuatro y media, se verificará la primera corrida de toros, en la que se lidiarán seis de la ganadería del duque de Veragua, por los diestros Fortuna, Belmonte y Dominguín, con sus cuadrillas.

A las nueve y media de la noche, gran función de fuegos artificiales.

El día 18, a las seis de la tarde, habrá gran fiesta de aviación.

A las nueve y media de la noche, gran función de cinematógrafo público en el paseo del Espolón.

El día 19, a las doce, clausura de la Exposición de avicultura. A las seis de la tarde, otra gran fiesta de aviación. A las nueve y media de la noche, notable concierto en el Espolón.

Triduo. — En los días 17, 18 y 19 se celebrará un solemnisimo triduo en honor y gloria del Santísimo Sacramento, dedicándose el primer día al patrón de Burgos, San Lesmes, y al elemento civil de la población; el segundo día, a San Julian y San Vitores, santos burgaleses, y al elemento eclesiástico de la diócesis, y el tercer día, a San Fernando, Rey de Castilla, y al elemento militar de la región.

En cada uno de los tres días habrá misa de pontifical y sermón, oficiando el primer día el excelentísimo señor obispo de Palencia; el segundo, el excelentísimo señor arzobispo de Verápolis, y el tercero el eminentísimo señor cardenal Primado, y predicando, respectivamente, los excelentísimos señores obispo de Osma, obispo de Santander y obispo de Huesca.

Por la tarde del día 17, a las siete, tendrá efecto, con gran esplendor, la procesión de la Virgen del Carmen; por la mañana, del día 18, después de cantada solemnemente tercera, se dirigirá el Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana al Palacio Arzobispal, para trasladar desde allí, procesionalmente, a la Catedral la reliquia del Rey San Fernando, y por la tarde del mismo día, a las cuatro, se cantarán, con la mayor solemnidad, visperas, completas y maitines, oficiando de preste el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Burgos, y como cantores, los reverendos padres Benedictinos de Santo Domingo de Silos, la «Schola Cantorum» de Oña, los padres Carmelitas y Jesuitas de esta ciudad y la Capilla de la Catedral, y asistiendo representaciones oficiales de Catedrales, Colegiatas y Ordenes religiosas de la Archidiócesis.

Durante la noche, en la Catedral, se verificará una gran vigilia eucarística por la Adoración Nocturna, celebrándose, a las doce de la misma noche, misa de pontifical por el ilus-

trísimo abad de Silos, con sermón, que predicará el ilustrísimo abad de Dueñas.

x

Día 20. — Este día, fecha precisa del Centenario, y consagrado a Santa María la Mayor, titular de la Catedral, a las seis de la mañana, habrá comunión general y se distribuirá a la vez en todas las capillas del santo templo.

A las nueve, en tren especial, llegarán el

jestades, desde las Casas Consistoriales a la Catedral. Celebrará de pontifical el excelentísimo señor arzobispo de Valencia, predicando el excelentísimo señor obispo de Vitoria. Asistirán el Ayuntamiento, Diputación y Real Maestranza de Valencia, algunos descendientes de los caballeros que acompañaron al Cid en la conquista de dicha ciudad, el pueblo de Vivar del Cid, con sus autoridades, y los pueblos cuyos nombres, tradiciones e historia se relacionen con el Campeador.

Corrida regia, a las cuatro y media de la tarde, lidiándose ocho toros de la ganadería de Albaserrada (hoy de Bueno). Serán rejoneados los dos primeros; los restantes, lidiados en la forma usual por los diestros Belmonte, Sánchez Mejías y Granero.

A las nueve y media, fuegos artificiales; a las diez, función regia en el teatro.

En la tarde de este día, inaugurarán Sus Majestades la Exposición de Arte retrospectivo, instalada en los espaciosos salones del Seminario de San José.

Día 22. — A las cinco de la tarde, en la plaza de toros, función ecuestre, por la compañía Feijóo. A las nueve y media de la noche, cinematógrafo público en el Espolón.

Día 23. — A las cuatro y media de la tarde, en la plaza de toros, función acrobática por la misma compañía. A las diez de la noche, verbena en el paseo del Espolón.

Día 24. — A las cinco de la tarde, fiesta infantil en la plaza de toros. A las diez de la noche, traca valenciana. Durante los días del triduo y siguientes, grandes iluminaciones en la Catedral, paseos de la Isla, Espolón, etcétera, etc.

En el teatro Principal actuará la compañía de Borrás hasta el día 21, y desde el 23 al 31 actuará la del teatro de la Comedia, de Madrid, y del 20 de agosto al 4 de septiembre, actuará la del teatro Lara.

El ilustre actor Enrique Borrás estrenará el día 19 la magnífica obra, en tres actos y en verso, titulada *El rebaño*, producción del laureado poeta D. Fernando López Martín, cuya acción se desarrolla en esta ciudad, en la época de las Comunidades de Castilla, y cuyo estreno estaba señalado para la inauguración de la próxima temporada del teatro del Centro, de Madrid.

El Salón de Recreo, con ocasión del Centenario, dará un gran baile de etiqueta; la Sociedad Tiro de Pichón celebrará grandes tiradas; el Lawn-Tennis, concursos; el Club Ciclista, carreras extraordinarias, y los varios *teams* de la localidad interesantes partidos de *foot-ball*.

Todos los días, las bandas militares ejecutarán las más escogidas composiciones musicales en el Espolón y plaza Mayor, celebrándose, por la noche, bailes públicos.

x

Durante los días de fiesta podrán visitarse gratuitamente los monumentos, museos y edificios públicos de la ciudad.

La Sociedad benéfica La Gota de Leche, en unión con la Junta organizadora del Centenario, instalará una soberbia tómbola.

En el Fomento del Turismo se facilitarán gratis toda clase de detalles e informaciones sobre hospedajes, excursiones, etc., etc.



orfeón y banda de Azcoitia, y como se espera que Sus Majestades llegarán sobre las once, dicho orfeón contribuirá al recibimiento, ejecutando y cantando, quizás por primera vez, la Marcha Real en la plaza del Duque de la Victoria.

A continuación comenzará la misa pontifical, que celebrará el señor nuncio apostólico y dirá el sermón nuestro eminentísimo cardenal.

A las cuatro de la tarde, solemnisima procesión Eucarística, a la que están invitados los pueblos más próximos, que acudirán con cruz parroquial y estandartes. Saldrá de la iglesia de Santa Agueda, pasando por delante del Palacio Arzobispal, desde donde la presenciaron Sus Majestades. Continuará por el Espolón, plaza de Prim, Mayor y calle de la Paloma, terminando en la Catedral.

A las cinco de la tarde, concierto por la masa coral de Azcoitia, en la plaza de toros. En este día impondrá el brazalete a las damas de la Cruz Roja S. M. la Reina Victoria Eugenia.

Día 21. — A las diez de la mañana, traslación de los restos del Cid, en solemne procesión cívico-religiosa, presidida por Sus Ma-